



Solo el odio
podrá salvarla.

OSCURO TORMENTO

MORUENA
ESTRÍNGANA





OSCURO TORMENTO

MORUENA
ESTRÍNGANA



Ediciones Kiwi



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2026

Primera edición, marzo 2026

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-10479-43-2

Depósito Legal: CS 82-2026

© del texto, Moruena Estríngana

© de la cubierta, Borja Puig

Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2026 Ediciones Kiwi S.L.

Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com · www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*A todas las personas que decidieron romper el capullo
y volar libres como mariposas.*

PRÓLOGO

Dillon e Irais eran amigos de toda la vida. Sus padres siempre estaban juntos y eso hacía que los pequeños pasaran el máximo tiempo juntos. Se llevaban tres años, pero poco a poco la diferencia de edad dejó de importar. Cuando estaban juntos, los sentimientos afloraban entre ellos. No hacía falta hablar de amor, porque se sentía en el aire.

Irais estaba a punto de cumplir dieciocho años y esperaba que sus padres formalizaran la unión entre ellos. Dillon se había ido a la universidad, pero cada vez que volvía, lo primero que hacía: la buscaba. Como ese día.

Irais estaba en el jardín rodeada de flores. El padre de Dillon odiaba las flores; de hecho, solo tenía flores rojas en su casa. Un día, de broma, comentó que así no se veía la sangre. Se rio, pero Irais sintió que algo no estaba bien. Luego, sufrió un fuerte dolor de cabeza.

Era algo que le pasaba desde pequeña. Le habían dicho que tenía amnesia disociativa y, por eso, en

momentos de mucho estrés, perdía la memoria. No sabían qué fue lo que lo causó y, sin descubrir la causa, no podían tratarla.

Pero Irais a veces sentía cosas.

Dillon la miró, tan guapo como siempre.

Irais se levantó y fue corriendo hacia él. Lo abrazó con fuerza y se perdieron el uno en el otro. Al mirarlo, ansiaba su boca. Desde hace tiempo, la atracción entre ellos era fuerte, pero Dillon no hacía el amago de besarla. Irais ignoraba que este no podía.

Acercó su nariz a la de ella y respiró su aroma.

Iba a decir algo, pero una de las trabajadoras habló comentando que, en pocos días, se conmemoraría la muerte de su madre.

Dillon se tensó.

Esa noche la tenía algo borrosa. No recordaba bien qué había pasado, ya que se dio un golpe en la cabeza. Su padre dijo que fue en las pistas de esquí. Irais también había viajado con ellos, porque sus padres no podían ir.

Él no recordaba bien lo sucedido, pero sí se acordaba de ver a su padre sacar una pistola y disparar a su madre, porque la había pillado con uno de los trabajadores. A su padre le dijo que no recordaba nada cuando despertó

en el hospital, y este le explicó que su madre había muerto al caer por la montaña mientras esquiaba.

Desde ese día, fue consciente de que su progenitor era un monstruo y que sería capaz de todo por sus objetivos.

Su padre era un empresario de Nueva York, que regentaba varios clubs de copas en la ciudad. Eso, de cara a la galería, porque en esos mismos locales tenía casinos ilegales, donde prestaba dinero a hombres importantes, a cambio de favores. Y, si no cumplían, los mataba.

—Te he echado de menos. —Dillon subió la mano para acariciar su mejilla sonrojada.

Era preciosa y hacía años que Irais era lo único bueno de su vida. Sobre todo, desde que sabía todo lo que su padre esperaba de él.

No tenía que decirle a Irais lo que sentía. Ella era capaz de leer entre sus silencios y él en los de ella. Sacó del abrigo unas mariposas de papel blancas y las dejó sobre su mano. Por el sonrojo de Irais, sabía que recordaba lo que pasó con ellas la última vez que se vieron, y se coló en su habitación.

—Te quedaban bien sobre tu piel —le dijo Dillon y ella tembló.

Sería tan fácil besarla. Deslizar su lengua sobre su arco de Cupido... Ella lo deseaba, lo sabía. Lo había visto. Pero no podía.

—No puedo —reconoció, apoyando la frente sobre ella, odiando la oscuridad que reinaba en su pecho, y que no sabía de dónde salía.

Acarició sus labios con sus ojos porque sabía que no podía hacerlo con sus labios. Algo roto le impedía hacerlo sin que ella sufriera. Aunque ahí estaba el anhelo. El deseo. Ese deseo de querer tocarla. De ver cómo se derretía entre sus manos. De sentirla sobre él correrse.

La deseaba tanto que dolía.

La amaba tanto que, por eso, no hacía nada.

—No me importa. —Irais respiró su mismo aire mientras se miraban presos el uno del otro.

Lo que ignoraban es que no eran los únicos que presenciaron esa escena de amor.

Entre las sombras, el padre de Dillon observaba a su hijo y a su mayor debilidad, Irais. No pensaba dejar que su hijo fuera feliz. Ella, al final, lo odiaría con cada fibra de su ser.



Unos días más tarde, Dillon se acercó a su progenitor en una fiesta que daban los padres de Irais y se armó de valor para decirle lo que pensaba hacer.

—Voy a pedir la mano de Irais —le indicó a las claras.

Su padre se rio y Dillon sintió deseos de matarlo. Algo que deseaba más a menudo de lo que debería.

—No vas a hacer nada.

—Haré lo que quiera...

—No eres tonto. Sabes que si digo que no, es que no. A menos, claro, que quieras que ella muera. —Su padre saludó a unos amigos que ignoraban de lo que hablaban—. No te vas a casar con ella y odio tanto cómo te ama, que te diré algo, hijo. —Dillon lo miró, apretando los dientes por la rabia—. Si no haces que ella te odie, de la misma manera como te ama, la mataré.

—Si no te mato yo primero —prometió el chico.

Su padre se rio.

—Ni la muerte podrá detener mis deseos. Aunque me mates..., si ella te ama... Muere. —Cogió el brazo de su hijo y lo apretó con fuerza—. Así que demuestra cuánto la amas y haz que te odie. Tengo ojos en todos lados, Dillon; como le cuentas algo de esto... la mato. Ya me he cansado de ver cómo ella te hace débil. Se acabó. Y pronto te casarás con quien yo diga.

—Eres un monstruo.

—¿Ahora te das cuenta? No soy tonto, y sé que recuerdas quién mató a tu madre. Por eso, sabes que haré lo que sea para quitarte a tu gran amor.

Dillon lo miró con odio.

—No serás capaz.

Su padre sonrió.

La fiesta siguió, pero Irais desapareció esa noche.

Nadie sabía dónde estaba.

Dillon y su padre ayudaron en la búsqueda. Su padre interpretaba muy bien el papel, pero Dillon era consciente de que esto era obra suya.

Encontraron a Irais en el bosque.

Quien sea que hizo esto, mandó la ubicación.

Quiso acercarse a ella, pero se mantuvo al margen en el hospital.

Cuando sus padres le contaron lo que había ocurrido, esta se desmayó. Su mente no soportó la ansiedad de lo sucedido.

—Estará bien —le dijo el señor Bishop.

—Lo estará. Lo juro.

Dillon se marchó. Sabía que su padre solo le daría un aviso. Solo uno, porque el siguiente sería Irais muerta, si no lo odiaba lo suficiente, para así salvarla.



Irais irrumpió en su casa cuando el anuncio de su futura boda con otra saltó a los periódicos.

Ya tenía mejor cara.

Le habían explicado que había bebido demasiado, cuando le contaron la verdad, porque esta no la soportaba su cerebro.

La miró ahí, ante él, llorando de amor... Sabía que, cuando abriera la boca, lo odiaría, y tal vez para siempre. Se embebió de su imagen, de lo mucho que la amaba y habló, siendo consciente de que hacer eso mataría una parte de él mismo.

Irais siempre había sido su luz.

—Es lo que deseo.

—¿Cómo? —Le tembló el labio—. ¿Y nosotros? Creí que...

—No te lo tomes a mal. —Sonrió, como si no le importara nada—. Pero fue divertido jugar contigo a hacerte creer que me importabas de verdad. Ya me aburres. ¿Acaso crees que no te besaba porque no podía? Era más bien que no quería.

Irais lo miró como si lo viera por primera vez.

Dillon se acercó a ella y vio cómo su amor se transformaba en odio ante sus ojos.

—Solo has sido mi entretenimiento.

Le cruzó la cara con fuerza, pero, a pesar del dolor, disfrutó de este último contacto.

—Te odio.

Dillon tomó aire. Lo había conseguido. Si lo odiaba, Irais seguiría viva.

—No me importa —le dijo, dándole el golpe de gracia.

Vio cómo los bonitos ojos dorados de Irais se llenaban de lágrimas.

No limpiar esa agua que se escapaba de su confinamiento le costó la vida. Solo recordar que lo hacía para salvarla mantuvo su máscara impasible mientras ella lo observaba buscando respuestas.

No encontró nada. Solo indiferencia.

Irais salió corriendo y se marchó lejos de él.

El padre de Dillon entró en el cuarto.

—Un día te mataré —le juró el joven.

—Hazlo... Lo dejaré todo listo para que se cumplan mis deseos hasta después de muerto. —Se rio—. Y si no me crees, si un día me matas, acércate a ella y haz que te ame de nuevo... Pum. Muerta.

Se rio, mientras Dillon imaginaba las distintas formas de matarlo. Lo hacía, sintiendo cómo su corazón se tornaba cada vez más oscuro.

Su padre había matado, de alguna forma, su parte más humana. Ahora sabía que, para sobrevivir, solo podía ser igual que el hombre que más odiaba.

CAPÍTULO I

IRAIS

—Corre todo lo que quieras, niña, que, cuando ames, destrozaré tu corazón y será mío.

Corro en sueños, perseguida por un hombre todo vestido de negro. Cuando me atrapa, veo sangre cuando coge mi corazón y lo destroza ante mis ojos. Grito y pataleo. No dejo de gritar mientras su risa me persigue y la sangre empaña todo.

Despierto agitada y nerviosa. Otra vez he soñado con ese horrible cuento que me contaba el padre de Dillon cuando era pequeña. Lo hacía cuando me quedaba en su casa y me decía que, si me chivaba a mi padre, le haría daño. A continuación, añadía que era broma, pero una parte de mí lo temía tanto, que no contaba a nadie su forma de torturarme con ese relato.

Solo Dillon lo sabía.

Solo él lo sabía porque esa historia nos la contaba a los dos.

—Solo es un cuento, pero, recordad, hay alguien ahí fuera que, como os enamoréis... ¡Os matará! —Se ponía siempre algo oscuro en la cara y yo gritaba.

Se reía de nosotros.

Todo era mentira, pero ese cuento se quedó clavado en mi mente y, de vez en cuando, tengo pesadillas horribles con él. Con un hombre de negro que me persigue por el bosque y, cuando me alcanza, siempre atrapa mi corazón hasta destrozarlo.

Hace tres años que murió el padre de Dillon. Yo tenía veintiuno y, aunque suene feo decirlo, me alegré de que falleciera. No sé en qué persona me convierte eso.



Tras mi horrible pesadilla, me di una ducha y desayuné en mi casa mirando hacia las flores de mi jardín.

No es real, me digo cada vez que sueño, pero, a veces, al mirar la oscuridad, me parece ver a un ser todo de negro acechando entre las sombras.

Aparto ese pensamiento de mi mente. Una mente que olvida lo que le da la gana, pero que

impide que olvide esta amarga pesadilla. Es como si buscara que recordara que amar duele; como si eso no lo supiera.

Amaba a Dillon con cada parte de mi ser y, cuando me destrozó esa noche, sentí como si el cuento se hiciera realidad. Fue como si alguien me hubiera extirpado el corazón para destrozarlo y hacerlo pedazos.

Lo odio. Lo odio con cada fibra de mi ser.

Por eso, cuando a la hora del almuerzo estoy en el despacho de mi padre comiendo lo que nos hemos pedido y deja en la mesa una revista donde se puede leer el nombre de Dillon West, siento que se me retuercen las tripas y pierdo el hambre.

«El día no para de mejorar», pienso de forma irónica.

—Vaya, parece que este hombre no deja de crecer empresarialmente.

No quiero mirar la revista que hay sobre la mesa del despacho, pero lo hago. En la portada sale Dillon, con su mirada seria y fría. Le han hecho una entrevista porque es uno de los empresarios más ricos de Nueva York. Mucho más de lo que lo fue su padre. Sus negocios no paran de prosperar, pero sobre todo sus *pubs*. Son locales de lujo a los que acude toda la élite neoyor-

quina. Ahora ha abierto dos más. Cada uno tiene una experiencia visual diferente.

El padre de Dillon murió hace tres años; dijeron que fue por un accidente de coche. A partir de ese momento, Dillon se hizo cargo de todo. De sus *pubs* y del imperio West.

Entonces, tonta de mí, esperé que me buscara. Pensaba que quien nos había separado había sido su padre. Es como si en el fondo hubiera esperado algo que justificara que Dillon me dijera esas cosas.

No vino a buscarme y yo, movida por el dolor y por este mundo, quise escapar; empezar de cero lejos de este lugar.

Toco mi costado, donde las heridas de mi decisión se quedaron marcadas.

No recuerdo nada de lo que pasó. Solo que viví algo lo suficientemente oscuro para que mi mente lo olvidara.

Mi padre reforzó mi seguridad y yo acabé la carrera. Dejé de soñar con una vida lejos de este mundo. Podría ser peor, pero al menos mis padres me quieren. Aunque a veces siento que toman demasiadas decisiones por mí.

Centro mi atención en Dillon.

Miro sus ojos. Ahora son fríos e inexpressivos. El azul

oscuro de su mirada parece que se ha tragado esas pequeñas motas verdes en las que me encantaba perderme de niña.

Siempre fue mi gran amor, aunque nunca fuimos más que amigos que jugábamos con fuego al quedarnos solos, sin tocarnos... Siempre fue mi ancla. Mi abrazo más fuerte. Mi latir más intenso con cada mirada. Hasta que me despreció al casarse con otra, cuando yo había esperado siempre que nuestras familias formalizaran nuestra unión. Una unión que nos favorecía a todos.

Pero no fue así.

Me dijo esas cosas horribles, me vio rota de dolor... y no hizo nada. El Dillon que yo amaba, que me conocía, que siempre se anticipaba a todos mis deseos... Que me leía el alma mejor que yo misma, y que ese día vio cómo sus palabras me mataban, no hizo nada.

Se divorció de su mujer al poco de morir su padre y vi otra señal. Otra señal de un tonto corazón aferrado a su primer gran amor.

¡Qué idiota fui!

Pero es que nuestra historia nunca fue como la del resto.

Aprendimos a estar al lado del otro sin hablar. Sin tocarnos. Como si algo nos frenara. A él... A mí, pero

no al deseo. Al anhelo. Nadie nunca ha devorado mi cuerpo como lo hicieron sus ojos la primera vez que me desnudé ante él. Nunca nadie se ha corrido solo por verme llegar al orgasmo más intenso.

No éramos nada... y, sin embargo, lo éramos todo para el otro.

Había estado ahí, en cada mirada de te quiero, pero no sé cómo hacerte mía. Su forma de mirarme me hacía temblar y arder, mientras el corazón se me rompía a la vez. En esos momentos, me sentía más viva que nunca por su forma de observarme, como si fuera la mujer más bella del mundo.

Siempre sentí que su alma y la mía danzaban juntas en cada mirada. Por eso, cuando su padre murió, esperé una razón para no estar conmigo. Para no luchar por mí. Para no ser mío.

Y no pasó nada.

Su padre, ese hombre horrible, ya no existía y, desde entonces, Dillon tampoco para mí. Aprendí a ser feliz con la vida que me había tocado y a centrarme en otros hombres. Era hora de pasar página. O al menos de intentarlo.

Le hubiera perdonado cualquier cosa..., salvo la indiferencia.

Solo te hiere a quien amas, porque su estocada es letal cuando te rechaza.

—Bueno, se lo ha montado bien, pero nosotros no somos menos. —Mi madre asiente ante las palabras de mi padre.

Ha venido a comer con nosotros y de paso me llevará con ella de compras.

—Vamos, hija. Nos tenemos que preparar para la fiesta de esta noche. Todo el mundo mirará tu mano y verá que te has prometido con uno de los hombres más ricos e influyentes de Nueva York.

A mi madre solo le importa eso.

He pensado en Galip y quiero creer que lo nuestro podrá llegar a ser amor. Lo quiero. Lo conozco desde la universidad y, antes de prometernos, fuimos amigos. Sus padres son amigos de los míos, pero nadie me obligó a aceptarlo ni como novio, ni como prometido. Tal vez, lo que siento por él no me desgarré el alma con cada mirada, pero lo quiero, y eso en mi mundo es mejor que nada.

Si no es él, será otro puesto a dedo por mi padre. Por lo que, mejor alguien que haya elegido yo misma.

Por eso, cuando mi padre lo aceptó, sentí alivio. O eso quise creer porque, cuanto más hablo de mi boda con Galip, más siento que me falta el aire.

Es lo que yo he elegido, pero, aun así, no me hace feliz.

Pero a un amigo, con el tiempo se le puede amar...

Miro una vez más la revista.

Dillon, todo lo que tiene de atractivo lo tiene de podrido. Su alma es negra como el carbón y, aunque la gente cree que es un empresario de éxito, yo sé la verdad. Sé que solo es bueno si cumples sus condiciones porque, si no, te manda a La Parca para acabar con tu vida, solo con alzar un dedo.

Lo descubrí gracias a su padre, poco antes de que este muriera.

Siempre había sentido que ese hombre escondía algo oscuro. Además de su forma siniestra, atormentándome de niña con ese cuento macabro, para escucharme gritar.

En ese momento, mi padre y él estaban hablando de romper sus acuerdos, cuando el padre de Dillon le indicó que recordara con quién hablaba y lo que podría hacerle. Fue cuando le expuso a lo que se dedicaba, mientras mi padre le insistía que se acababa.

Murió antes de poder vengarse, y casi que fue mejor. Es mejor no tener tratos con alguien así.

Gracias a esa conversación, descubrí cuáles son los

negocios que heredó Dillon e incluso mi padre me resolvió mis dudas cuando le pregunté sobre este tema.

No solo aceptó la parte visible del imperio West.

Aparto la mirada de la revista. Han pasado seis años desde que hablamos por última vez. Desde que me dijo esas cosas tan horribles, que rompieron nuestra amistad y mi corazón.

Esa noche fue la última que lloré por él, o por algo. Me juré a mí misma no derramar más lágrimas por nada en mi vida. Tal vez, porque lloré tanto por mi primer amor que eso me secó las lágrimas posteriores.

CAPÍTULO 2

IRAIS

Llegamos a la fiesta donde está la gente más influyente de Nueva York.

Mi padre tiene varios bancos por la ciudad y mucha de la gente que está aquí guarda su dinero en ellos. Es el que mejores prestaciones les da y ayuda a que sus fortunas se dupliquen. Solo si es factible.

Yo estoy trabajando con él ahora. Lo hago desde que acabé mi carrera. Mi padre ya me dejó claro desde pequeña que mi sitio era a su lado, y, tras mi intento de huir de todo y fracasar estrepitosamente, traté de ver el lado positivo de esta vida. Al fin y al cabo, siempre me he sentido bien entre números, y me gusta mi trabajo mucho.

Podía haber sido todo peor.

Oteo la sala y odio cuando mi mirada se detiene en Dillon.

Este no me mira. Conversa con una morena preciosa.

Tras su divorcio, no se le ha conocido otra mujer, pero está claro que no tardará mucho en casarse y tener hijos que hereden su imperio del mal.

Aparto la mirada de él, no queriendo reparar en que es el hombre más atractivo de esta aburrida fiesta. En que nunca he conocido a nadie que me robe el aliento con solo una mirada. Odio que esto siga siendo así, a pesar de llevar el anillo de otro en el dedo.

Ando por la sala y sale mucha gente a saludarnos. A nadie se le pasa desapercibido mi anillo, con un diamante enorme, en el dedo. Yo habría optado por algo más discreto, ya que no me gusta destacar. No me agrada ser el centro de atención, a pesar de que, desde niña, lo he sido por la posición de mis padres.

Ando hasta la zona donde están las bebidas y me pido algo.

—¿No había otro anillo más grande y ridículo?

Tomo aire antes de girarme para mirar a Dillon. Hace años que no hablamos. No sé qué ha cambiado para que ahora se me acerque.

Es la primera vez que me dirige la palabra desde esa noche, donde me destrozó sin inmutarse. Sin sentir nada ante el dolor de mi mirada.

—Al parecer, los ha comparado todos hasta igualar su tamaño al de tu ego.

Giro para mirarlo de cerca.

Dillon no me mira a mí, sino que observa aburrido la fiesta, mientras bebe lo que parece un whisky. El pelo negro le cae sobre las cejas y sus ojos azules parecen casi negros. Ya no brillan, como cuando era más joven; ya no se ve el verde que se escondía en sus iris.

—Ese hombre no te merece —afirma con la voz ronca. Casi parece enfadado, aunque es algo imposible. No le importo.

—Ya, claro. Al menos, a él lo quiero. —Se gira y me mira. Sus ojos no transmiten nada.

—Y yo que creía que eras más lista... Al parecer, con los años, te has vuelto más tonta.

Termina la copa y la deja en la barra antes de marcharse.

Quiero seguirlo e insultarlo. Estoy furiosa ahora mismo. Pero no lo hago porque mi prometido aprovecha este momento para aparecer y darme un beso en la boca. Luego, me lleva con sus padres e intento toda la noche no volver a mirar a Dillon.



Galip me ha querido acompañar a casa, tras la fiesta.

Mis padres se fueron hace un rato, al igual que Dillon y mis futuros suegros.

Entramos al coche y, en cuanto arranca, busca mi boca para besarme.

Quiero sentir pasión, calor... Algo más que este frío que me recorre y me deja helada. Lo quiero..., pero todo el fuego se quedó atrapado en el instante en el que perdí a Dillon. Nunca he sentido nada así por nadie. Nunca he sentido tanto en una mirada, capaz de hacerte sentir que alguien puede tocarte sin poner las manos sobre ti.

Galip mete la mano bajo mi falda y aprieto los muslos.

—Vamos, Irais, nos vamos a casar. —No deja de insistir, hasta que mete la mano al fondo—. Solo quiero tocarte... Hacerte sentir bien.

Me tenso, porque no quiero esto. Debería... Joder, tengo edad suficiente para poder disfrutar del sexo, pero me quedo helada cuando me toca, cuando pasa los dedos por mi ropa interior. No siento nada. Ni un cosquilleo, ni el ansia de que aparte la tela.

Aun así, le dejo seguir, porque quiero que borre los recuerdos que tengo con Dillon, sintiendo el ardor del deseo.

Es lo que siempre hago cuando he intentado ir más allá con alguien.

Lo peor es que mi mente va a esas noches con Dillon, cuando se colaba en mi dormitorio y poníamos películas subidas de tono. Siempre sabía elegir las que más me gustaban, cuando había dos mujeres y un hombre.

No sé por qué me excitaba que una mujer tocara a otra, mientras el hombre les decía lo que debían hacer. No me atraen las mujeres fuera de la cama, pero dentro sí. Me excita cómo se tocan entre ellas, y Dillon lo sabía, por lo que buscaba siempre las más sexis. Luego, su mirada me instaba a quitarme la ropa o a tocarme sobre ella. El fuego de sus ojos me hacía arder, mientras tentaba mi cuerpo, sintiendo cómo me observaba.

Y, aunque no quiero, me traslado a esos días, mientras Galip me toca.

Me besa entre los muslos y trata de hacerme sentir algo con su lengua cuando acaricia mi sexo.

Finjo un orgasmo y me deja en paz.

Sonríe y me besa en la mejilla, mientras yo sufro por no sentir nada.

Después, me pide que lo toque y lo hago. Todo, con tal de no forzar ir más lejos y tener sexo. No quiero hasta la boda y, por suerte, ha aceptado.

No sé si podré llegar tan lejos. La idea de tener sexo con él me tensa demasiado.

Al acabar, siento alivio, y eso me hace sentir mal. No debería sentirme así, tras tener sexo con mi prometido. Nos vamos a casar..., y yo sigo sin sentir nada cuando tenemos relaciones. Porque, aunque no follemos, le dejo mi cuerpo para que disfrute, y me marcho lejos. Es como si yo no formara parte de esto.

Coge mi mano y le da un dulce beso que calma mis miedos. Por cosas como esta, quiero amarlo.

—Nunca te forzaré a nada. No tengo prisa, pero que sepas que me muero por follar contigo.

Me acaricia con ternura y me giro para apoyar mi cabeza sobre su hombro.

Deja un beso en mi frente y me calmo antes de llegar a mi casa.

Me despido de él.

He elegido bien. Con Galip podré ser feliz y, además, mi padre lo aprueba, porque si no, nunca existiría esta boda.

Lo peor es que esta noche sueño con Dillon, en mi cama y con otra mujer, mientras esta me da placer y él se toca.

Me despierto con los últimos latigazos de un fuerte orgasmo, y eso solo hace que lo odie más por ello.